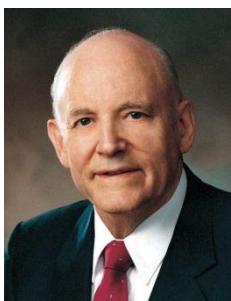


LA FIBRA DORADA DE LA ELECCION

Por el élder Howard W. Hunter
Del Quórum de los Doce Apóstoles



"Se nos ha dado el conocimiento, la ayuda y la libertad de escoger la senda de salvación y de seguridad eternas. La decisión es nuestra."

Es un honor para mi saludar a la vasta congregación de miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, muchos de los cuales están reunidos aquí, en la Manzana del Templo, en Salt Lake City. No obstante, se que, gracias a la tecnología moderna de la televisión, y por cortesía de varias estaciones, tengo el privilegio de dirigirme también a muchas personas que no son miembros de nuestra Iglesia y que es posible que no estén familiarizadas con todas sus doctrinas y creencias.

Hoy, por lo tanto, hoy me gustaría dirigir la palabra a ambos grupos, a los miembros de la Iglesia y a los que no lo son, acerca de uno de los principios mas importantes de nuestra fe y uno de los dones mas preciados que Dios ha dado a la humanidad. Me refiero a nuestra libertad, a nuestro libre albedrío, al derecho inalienable y divino que tenemos de escoger que creer y que no creer, así como de escoger lo que deseamos ser y lo que queremos hacer. Me gustaría hablar acerca de la responsabilidad y la oportunidad que tenemos de escoger a Dios, lo bueno y la vida eterna, o escoger lo malo, la destrucción y aquello que conduce a los hombres a la desdicha y a la desesperación.

Abraham Lincoln hizo una vez la siguiente pregunta: "¿Cuál es el baluarte de nuestra libertad y de nuestra independencia?" A lo que el mismo contestó: "No son nuestras fuertes murallas, nuestras fortalezas, nuestros ejércitos ni nuestra marina. . . nuestra seguridad y nuestro resguardo esta en algo que Dios nos ha dado: El amor a la libertad" (Discurso pronunciado en Edwardsville, Illinois, el 11 de sept. de 1858. Citado en John Bartlett, *Familiar Quotations*, Boston, Little, Brown, and Company, 1968, pág. 636).

Por supuesto que están aquellos que en su amargura, escepticismo e incredulidad rechazan la idea de que el hombre tenga un espíritu independiente de que sea capaz de escoger por si mismo de acuerdo con su voluntad, de que sea capaz de tomar decisiones y de disfrutar de la verdadera libertad.

Declaramos, a todos los que quieran escucharnos, que tenemos una brillante y gloriosa comprensión de Dios y del hombre, una comprensión revelada e iluminada por la luz del Evangelio restaurado de Jesucristo. Testificamos de las bondades de Dios y de Su respeto eterno por cada uno de nosotros, por nosotros como hijos individuales de Dios y por lo que cada uno de nosotros pueda llegar a ser.

Tal como nuestro líder y profeta, el presidente Ezra Taft Benson, ha declarado: "La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días proclama que la vida es eterna, que tiene un propósito. . . [Dios tiene] un plan. . . para beneficio y bendición de nosotros, sus hijos. . .

"Basado en ese plan tan importante yace nuestro libre albedrío. . .

"El derecho de escoger. . . se extiende como una fibra dorada por todo el evangelio. . . para bendición de Sus hijos." (The Teachings of Ezra Taft Benson, Salt Lake City, Bookcraft, 1988, págs. 80-81.)

Parte de la seguridad que tenemos acerca de que el hombre posee un espíritu libre, noble y progresivo proviene de la gloriosa comprensión de que todos existimos y tuvimos nuestra identidad y libre albedrío mucho antes de haber venido a este mundo. Es posible que para muchas personas este sea un concepto nuevo, pero la Biblia nos enseña claramente acerca de una vida antes de este mundo y que se extiende después de él en las eternidades.

Dios le dijo a Jeremías: "Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifique, te di por profeta a las naciones" (Jeremías 1:5). Y en otra oportunidad Dios le recordó a Job que ". . . se regocijaban todos los hijos de Dios" (Job 38:7) antes de que hubiera hombre o mujer sobre la tierra que Dios había creado. El apóstol Pablo enseñó que Dios el Padre nos escogió ". . . antes de la fundación del mundo. . ." (Efesios 1:4).

¿Dónde y cuando sucedió eso? Bueno, sucedió mucho antes del nacimiento mortal del hombre; sucedió en una gran existencia premortal, donde desarrollamos nuestra identidad y aumentamos nuestro calibre espiritual al ejercer el libre albedrío y tomar decisiones importantes. Allí desarrollamos nuestra inteligencia, aprendimos a amar la verdad y nos preparamos para venir a la tierra a fin de continuar progresando.

Nuestro Padre Celestial quería que nuestro progreso continuara en la etapa mortal y se intensificara al tener la libertad de decidir por nosotros mismos y de aprender. Nuestro Padre Celestial también deseaba que ejerciéramos nuestra fe y nuestra voluntad, especialmente con un cuerpo físico para dominar y controlar. Pero nosotros sabemos, por medio de la revelación tanto del pasado como del presente que, en una oportunidad que hemos olvidado, hace mucho tiempo, Satanás quería negarnos nuestra independencia y nuestro libre albedrío, tal como quiere negárnoslos también ahora. Satanás realmente se opuso violentamente a la libertad de acción que el Padre nos ofrecía, y lo hizo de forma tan brutal que Juan el Revelador lo describió como "una gran batalla en el cielo" (Apocalipsis 12:7). Satanás pudo habernos forzado a hacer lo bueno y, de ese modo, nos habría robado el don más preciado: La libertad de escoger un futuro divino y la exaltación que todos deseamos ganar.

Debido a que Cristo defendió valientemente el plan de nuestro Padre, prevaleció el libre albedrío y el derecho de esforzarnos por alcanzar metas eternas. Además, en

esa ocasión crucial, se suscitó otro acontecimiento importante: Se logró una victoria monumental. Como resultado de la misma, se nos permitiría continuar atesorando con afán lo que el presidente David O. McKay describió una vez como "el principio eterno del progreso". Después Cristo mismo vendría a la tierra, como lo indicó el presidente McKay, "a perfeccionar a la sociedad perfeccionando a cada hombre en particular; únicamente mediante el ejercicio del libre albedrío puede el hombre llegar a la perfección" (Conference Report, abril de 1940, pág. 118).

De modo que, cuando vinimos a cumplir con esta etapa mortal, como lo dijo Jeremías, lo hicimos como hijos espirituales de Dios, con el privilegio de escoger nuestra senda personal concerniente a las creencias y a la convicción religiosa. Gracias al triunfo de Cristo en los cielos sobre Lucifer, y luego de su triunfo terrenal al vencer los efectos de la caída de Adán y la muerte de toda la humanidad, "...los hijos de los hombres. . .[continúan siendo] libres para siempre, distinguiendo el bien del mal, para obrar por si mismos, y no para que obren sobre ellos. . .

"Así pues, los hombres son libres. . . para escoger la libertad y la vida eterna, por motivo de la gran mediación para todos los hombres, o escoger la cautividad y el poder del diablo; pues lo que el busca es que todos los hombres sean miserables como el." (2 Nefi 2:26-27.)

A fin de comprender plenamente el maravilloso don del libre albedrío y su incalculable valor, es de vital importancia que comprendamos que Dios obra solamente por medio de la persuasión, de la paciencia y de la longanimidad, y no a través de la fuerza y de la confrontación violenta. El Señor obra tratando de atraernos con dulzura, respetando siempre nuestro libre albedrío e independencia. El desea ayudarnos y nos pide que le demos la oportunidad de hacerlo, pero nunca lo hará violando nuestro libre albedrío. El nos ama demasiado para hacer eso, ya que, si lo hiciera, iría en contra de su divina naturaleza.

El presidente Brigham Young dijo una vez: "El hombre tiene la libertad de escoger. Esa es una ley de su existencia, y el Señor no puede violar su propia ley. Si lo hiciera, dejaría de ser Dios. . . Esta es una ley que ha existido desde las eternidades, y seguirá existiendo aun a través de todas las eternidades. Todo ser inteligente debe tener el poder de elegir" (Journal of Discourses, 11:272, véase también Deberes y bendiciones del Sacerdocio, Parte B. pág. 260).

El reprimirnos o quitarnos el derecho de elegir y luego impedirnos tomar cualquier decisión es el método de Satanás y no de Dios; nuestro Padre nunca hará eso. No obstante, El estará cerca de nosotros y nos ayudara a ver la senda correcta, a tomar las decisiones justas, a oír y obedecer la VOZ de la verdad y sentir la innegable influencia del Espíritu. Su cálida, pacífica y poderosa persuasión a hacer lo bueno y hallar el gozo estará con nosotros ". . .mientras dure el tiempo, o exista la tierra, o haya en el mundo un hombre a quien salvar" (Moroni 7:36).

Pero el tener la libertad de escoger no significa que no habremos de tomar decisiones malas, equivocadas o de consecuencias dolorosas. Y a veces, así lo hacemos. Pero es precisamente ahí donde la misión y la misericordia de Jesucristo

adquiere toda su fuerza y su gloria, porque El ha tomado sobre si la carga de todas las malas decisiones de toda la humanidad; El se ha dado a si mismo a cambio de todos los errores que cometamos; El es nuestro intercesor ante el Padre, y El ha pagado, por adelantado, las equivocaciones y las necesidades que a veces cometemos al ejercer nuestro libre albedrío. Debemos aceptar ese don, arrepentirnos de nuestros errores y cumplir con sus mandamientos a fin de aprovechar su redención en su totalidad. La oferta esta siempre vigente, la puerta esta siempre abierta; siempre podemos, aun en medio de nuestra hora mas desesperada y del error mas desastroso, acudir al Hijo de Dios y vivir.

Cuando los hijos de Israel regresaron de Egipto y estuvieron listos para entrar en la tierra de promisión, enfrentaron la clara decisión que tenían ante ellos. Con respecto al futuro que tenían por delante, el Señor les dijo:

"He aquí yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición: la bendición, si oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios, que yo os prescribo hoy, y la maldición, si no oyereis los mandamientos de Jehová vuestro Dios." (Deuteronomio 11:26-28.)

Esa es la decisión que el Señor pone ante nosotros cuando nos enfrentamos a nuestra propia tierra de promisión y a nuestro propio futuro. Se nos ha dado el conocimiento, la ayuda y la libertad de escoger la senda de salvación y de seguridad eternas. La decisión es nuestra. Por decreto divino, desde antes de la formación de este mundo, la decisión esta y siempre ha estado en nuestras manos.

Que seamos siempre conscientes de que nuestro futuro se esta formando con las decisiones que tomamos; que ejercitemos nuestra fe y nuestro libre albedrío escogiendo las bendiciones que Dios nos brinda por medio del gran plan del Evangelio de nuestro Salvador. Lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amen.